



EL REY DE ROMA.

Una vez que os gustan, niños, los cuentos de encantadoras en que se leen sucesos extraordinarios y opuestos, como por ejemplo aquellos en que de simples caballeros se hacen reyes, ó los reyes se convierten en mendigos errantes: os voy á contar uno sorprendente, pero triste y verdadero. Escuchad pues con atencion, porque hablo de una interesante historia que demuestra cuan poco debeis fiar en el porvenir que os ofrezca la fortuna de vuestros padres.

En el año de 1811 la ciudad de París estaba en espectacion porque la emperatriz María Luisa iba á dar á luz un heredero del emperador, y como las mugeres en Francia no pueden heredar el trono, era un suceso muy importante el que el que naciese de la esposa del emperador Napoleon fuese un varon y no una hembra. El pueblo se agolpaba en tumulto al rededor de Tullerías. Vosotros habreis asistido á alguna ceremonia ó fiesta pública en donde hubiese mucha gente, y habreis podido observar cuanto cuidado se necesita para contener á la multitud. Hay aquello de personas á caballo y sable en mano, que van y vuelven al galope; hileras de soldados con el arma al brazo; otros de caballería que no dejan pasar á nadie de un punto, y luego los curiosos que gritan y que dicen injurias é improperios á quien les impide el paso. El dia este no era así: al rededor del palacio habian colocado una cinta de algodon sencilla, y esta multitud de cien mil hombres curiosa y llenos de

ansía de lo que iba á suceder, esta multitud terrible y poderosa que veinte años antes y otros veinte despues, invadió la real morada rompiendo como un hilo espesas y compactas filas de soldados intrépidos; esta gran multitud se paró delante de aquella fragil cinta, y sino estuvo siempre inmóvil y derecha como un muro de acero, fue porque el viento del Equinoccio la hacia flotar y plegarse alternativamente. El aspecto de esta multitud era tal que es difícil daros una idea de él: y sin embargo, no es menos cierto y es necesario que lo sepais para que conozcais la diferencia que hay entre ser amado ó aborrecido del pueblo. En estos millares de hombres entre los cuales habia gente baja y mal educada, chicos alborotadores, jornaleros, revendedoras, no se oia un grito ni una disputa, ni alzar la voz; se hablaban en voz baja, se entraba en Tullerías de puntillas, como se entra en el cuarto de un enfermo, se preguntaban los unos á los otros, hablando los pobres á los ricos sin envidia, y los ricos á los pobres sin desdén, habia fraternidad de amor, y el amor hijos mios es una virtud. El niño que ama á su madre y teme darla un disgusto, es obediente y bueno; y el pueblo que ama á su soberano es sumiso y pacífico. Y durante este tiempo Paris agitado mas que de costumbre, tenia un aspecto maravilloso: cada cual se apresuraba á acabar sus negocios á fin de tener una hora para venir á hacer una visita de amigo al emperador Napoleon en su jardin de Tullerías, en donde recibia á cien mil hombres á un tiempo. De repente se oye al través de la muchedumbre quieta y pacífica un cañonazo. La multitud cuenta: *uno*, y en el mismo momento, como si oyesen la palabra de Dios todo el mundo escucha. No se pronunció mas palabra, no se dió un paso mas en Tullerías. En las calles los transeuntes, los coches y los caballos quedaron parados, inmóviles; en las casas los amos y los criados, cada cual en su puesto, todos callaron, todos se pararon y todos escuchaban, solo el cañon habló en medio de este profundo silencio á ochocientas mil almas mudas espectadoras. A cada instante respondia un vasto y corto murmullo, porque todas estas voces contaban á un tiempo los cañonazos: todos decian á la vez *«uno, dos, tres, cuatro»* tan bajo que parecia la voz de una sola persona, y se oia como la voz de mando en un ejército; tal era el silencio y tan profundo!

Tronando así el cañon golpe á golpe, tuvo á París inmóvil durante cinco minutos, y cuando llegó al diez y nueve disparo se vió redoblar la atencion, al vigésimo la gran voz del pueblo parecia conmoverse y temblar al contarle; y al veinte y uno le respondió un grito universal, un grito inmenso y alegre, un grito que cubriria el ruido de mil cañones. Esta era la señal de que acababa de nacer el heredero del emperador Napoleon. Y

en el instante la multitud inclinada para oír, se volvió á levantar rebosando de alegría. París volvió á su centro, ya hablaban en las casas. Todo, todo cambió. Durante esta gran escena el emperador miraba á su pueblo, colocado detrás de una cortina despues de haber visto á su hijo, y testigos fidedignos han contado que lloraba de alegría.

¿Qué de interesante ha hecho, preguntareis vosotros, este niño para hablarnos de él así? Hijos míos, ha vivido y solo con vivir y llevar el nombre de su padre, su vida ha sido una historia para el mundo, historia interesante para los reyes y los pueblos, y ya que él no hiciese nada se hizo tanto por él que aun en la cuna ocupaba ya un gran puesto en la sociedad, y se creó para él el título de Rey de Roma, que desde Tarquino el Soberbio no habia tenido nadie mas que Carlo-Magno. Para él se empezó á hacer un palacio que debia ser mas magnífico que el de Luis XIV: por él se forzó á la naturaleza cambiando la índole de animales no sugetos al yugo, y las niñeras de aquel tiempo cuentan que el Rey de Roma iba á paseo en un cochecito tirado por dos hermosos carneros blancos cuyas lanas rizadas llegaban al suelo. Iban corriendo por el terraplen del palacio de Tullerías, dóciles como caballos, adornados con cintas, y los niños le seguian gritando «*viva el Rey de Roma.*» ¿Quién diria que aquellos vivas se habian de convertir en desgracias? Así vivió con esplendor hasta la edad en que aunque pequeño se conocen motivos de risa y llanto. Un día su madre la emperatriz María Luisa cojió en los brazos al Rey de Roma vestido de uniforme y bajó á la plaza del *Carroussel*; allí habia treinta mil soldados, los unos demasiado jóvenes y los otros demasiado viejos. ¡Habia devorado tantos la guerra del imperio! Desfilaron por delante de la madre y del hijo, y al pasar pronunciaron un solemne juramento de morir por ellos. El Rey de Roma á pesar de ser tan pequeño conocia que todos estos hombres le amaban, y respondia á sus aclamaciones enviándoles con sus manítas, besos y sonrisas. Este día los que se hallaron cerca dicen que estaba altivo y contento.

Pocos días despues cuando las fuerzas coligadas de la Europa entera iban á entrar en París, fue preciso huir, y habia á las puertas del palacio de Tullerías coches de camino. Lo que ahora os voy á decir no es cuento, es un hecho, un hecho tan verdadero como lo es la muerte del pobre niño de quien os hablo. En el momento en que debian bajarle al coche para marchar, se escapó gritando «no quiero: no quiero.» Fué preciso perseguirle de cuarto en cuarto, y cuando le cogieron se agarró con todas sus fuercecitas á una cortina sollozando y gritando: «yo no quiero salir de mi palacio de Tullerías: no quiero.» Pero á pesar de sus gritos le llevaron y aun no ha vuelto.

Ahora es necesario que sepais como ha vivido lejos de Francia, aquel cuya razon no se formó mas que para padecer. No se sabe si tenia en el alma ó no, un pesar como algunos pretenden, amargo por no ser ya el futuro soberano de su patria; pero lo que sí es cierto es que tuvo un padre que murió á dos mil leguas de él y que no pudo abrazarle: lo que es cierto es que nació en Francia, y que ha muerto sin volver á ver su patria, y no es necesario ser ambicioso para ser desgraciado. Me preguntareis por qué este niño nacido en medio de tanto amor, de tantos transportes de alegría, nada le ha quedado de tantas grandezas y poder? Nada, hijos míos, nada mas que el recuerdo, y ved ahora á lo que su vida puede compararse.

¿Os acordais de haber visto en un dia de verano levantarse una nube imperceptible al principio? Se la examina y se la vé subir insensiblemente, estenderse y pronto cubre todo el horizonte. Se conoce que trae una tormenta, y que si rompe, los truenos y relámpagos atemorizarán los aires y la lluvia inundará la tierra. El aire es sofocante, se observa la ansiedad porque la tempestad puede ser saludable ó funesta y terrible. Todos callan y esperan, cuando de repente se levanta un viento norte; su fuerza dispersa la nube, disuelve la tempestad y el cielo queda raso y sereno.

Así fue para la Francia la vida del hijo de Napoleon. Los partidos le vieron crecer con ansiedad, los unos esperaban, los otros temian mucho de él: y todos opinaban que en su persona se encerraba una tormenta, una revolucion. Pero cuando parecia estar próxima á estallar y lanzar el rayo, se levantó un viento frio del Norte que le hirió en el corazon, dispersó sus fuerzas, vino á disolver su vida, é hizo desaparecer su alma sin que nadie pudiera decir lo que encerraba de malo ó de bueno.

Así hijos míos, si teneis alguna pena pensad en esta historia; comparad vuestra desgracia con esta, y la encontrareis pequeña; y si la casualidad os ha hecho nacer en una humilde posicion, y os viene al pensamiento igualaros con aquellos que son superiores á vosotros, ved á donde les conduce á veces la desgracia, ó si habeis nacido de entre los potentados de la época, no tengais demasiada confianza en vuestra fortuna, porque no será seguramente mas alta que la del Rey de Roma, y puede deshacerse como el humo.

HISTORIA SACRADA.

CUADRO VIII.

CASAMIENTO DE ISAC.

Habiendo llegado Sara á la edad de ciento veinte y siete años, murió en Arbea, ciudad del pais de Chanaham; Abraham lloró á su compañera, y habiendo cumplido con ella los últimos deberes la hizo levantar un sepulcro. Para este objeto se dirigió á los habitantes de Het diciéndoles: Estoy entre vosotros como un viagero extranjero, dadme el derecho de tener sepultura entre vosotros, á fin de que yo entierre á mi esposa que ha muerto. Los de Het le respondieron: Señor, vos estais entre nosotros como un gran príncipe. Enterrad la persona que ha muerto en el mejor sepulcro; ninguno de nosotros os impedirá el rendirle este homenaje. Abraham compró el sepulcro de *Ephron* y enterró allí á Sara. El santo varon era ya muy viejo, y comprendió que el Señor le llamaria pronto á él, y quiso antes de morir dar una compañera á su hijo Isac. Dijo pues á su mas antiguo criado, á *Eliezer* su mayordomo: «Marcha al pais donde residen mis parientes y trae una esposa para mi hijo Isac.

—¿Si la esposa no quisiese venir conmigo á este pais, que-
reis que lleve á vuestro hijo al sitio de donde salisteis?—Guar-
dáos de hacer tal. El Señor que me sacó de la casa de mi pa-
dre y del pais en que nací diciéndome: yo daré este pais á vues-
tra raza, enviará el angel delante de tí á fin de que traigas de
aquel pais una esposa para mi hijo.

Eliezer prometió á su amo seguir en todo las órdenes que le daba. Marchó á Mesopotamia llevando consigo diez came-
llos cargados de riquezas. La noche empezaba á tender su man-
to cuando llegó cerca del pueblo donde vivia Nachor hermano
de Abraham. Hizo descansar á los camellos cerca de un pozo
en el cual las hijas del pais tenian la costumbre de venir á sa-
car agua. *Eliezer* imploró el auxilio de Dios suplicándole que
le indicase la muger que habia de elegir.—Aquella á quien yo
diga «baja el cántaro para que yo beba,» y me responda: «beb-
ed y daré tambien de beber á vuestros camellos, será la que
destineis á Isac vuestro siervo. Apenas acababa de pronunciar
estas palabras se presentó Rebeca, nieta del hermano de Abra-
ham. Se adelantó y llevaba un cántaro de agua en las espaldas
que acababa de coger en la fuente. Era admirablemente hermo-
sa, y á quien todos querian por su buena conducta. *Eliezer* la
salió al encuentro.—Dadme, la dijo un poco de agua para beber.

—Bebed, Señor, dijo la muchacha, y bajando al instante el cántaro que llevaba á las espaldas lo suspendió en el brazo y le dió de beber. Cuando hubo descansado corrió al pozo otra vez por mas agua y dió de beber á todos los camellos. Entonces Eliezer para recompensarla le dió pendientes y brazaletes de oro de mucho peso. ¿Quién es vuestro padre, la preguntó? —Yo soy hija de Bathuel, hijo de Melchas y de Nachor, su marido.—¿Hay sitio en vuestra casa para hospedarnos? —Si señor, y ademas tenemos mucha paja y heno para vuestros camellos. Eliezer dió gracias á Dios que le hizo conocer esta muchacha, tan buena y tan caritativa, y que debia ser la esposa de su amo. Rebeca corrió á la casa de su madre, á contarla lo que le habia pasado. Su hermano llamado Laban salio á recibir al viajero.—Entrad le dijo, vos que estais bendito por el Señor. ¿Porque os habeis quedado en el campo? Yo he dispuesto la casa, y un sitio para vuestros camellos.—Le hizo entrar inmediatamente dentro, descargó los camellos y les dió paja y heno; hizo que se lavasen los pies él y los que le acompañaban, y en seguida les ofreció de comer; pero Eliezer les dijo:

—Yo no comeré hasta tanto que os haya dicho lo que vengo á proponeros.

—Podeis hacerlo.... Hablad.

—Yo soy criado de Abraham: el señor le ha colmado de bendiciones, le ha hecho poderoso y rico; le ha dado ovejas, bueyes, camellos, asnos, dinero, oro y muchos criados y criadas. Sara, muger de mi señor tiene un hijo que es su heredero. Abraham me ha hecho prometer que vendria al pais de sus antepasados á buscar una esposa para su hijo que sea de su familia. He venido y he implorado el auxilio de Dios para que me indicase la que debia elegir. En este momento se ha presentado Rebeca y por sus acciones y palabras he conocido que es la elegida del Señor. ¿Quereis honrar á mi señor dándole vuestra hija? Sino yo la buscaré en otra parte.

Bathuel y Laban le respondieron.

—Dios es el que habla en este encuentro: hágase su voluntad, Rebeca es vuestra, tomadla, y llevadla con vos, á fin de que sea la esposa del hijo de vuestro amo segun lo quiere el Señor.

Eliezer se prosternó y adoró á Dios, y en seguida tomó vasos de oro y de plata, ricos vestidos, presentes magníficos, que dió á Rebeca y su familia.

Al dia siguiente Eliezer marchó acompañado de Rebeca y de toda su comitiva. Cuando llegó á la tierra de Chanaham, Rebeca vió á un hombre que se paseaba cerca del pozo en donde el angel se habia aparecido á Agar «¿quién es ese? preguntó.»

—Es mi amo respondió Eliezer.

La jóven se echó al momento á la cara el velo, para dar á conocer su modestia y su respeto, y bajó del camello que la habia conducido. Eliezer fue á dar cuenta del viage á Isaac, quien condujo á Rebeca á la tienda que habia habitado su madre y se casó con Rebeca.

Fue tan grande el cariño que le inspiró su esposa, que templó algun tanto el dolor que le causára la muerte de su madre. Abraham se volvió á casar, y tuvo otros muchos hijos. Dió todas sus riquezas á Isaac, é hizo presentes á sus hermanos. Murió á la edad de ciento setenta y cinco años. Isaac é Ismael, le enterraron al lado de su madre. ¡Hermoso ejemplo, queridos niños nos dá esta vida tan santa y virtuosa. El señor probó la fe de Abraham con sacrificios crueles, pero mostrando el varon santo, cuanta era su sumision á Dios, el Señor le colmó de felicidad sobre la tierra, y le admitió en su compañía en el cielo. Haced hijos mios como Abraham; sed sumisos, obedientes, y adorad siempre al Señor del universo, porque estad seguros, tarde ó temprano, el bueno tiene recompensa; Rebeca debió á su caridad y buen corazon, el ser elegida por el Señor para esposa de Isaac. Imitad á Rebeca, sed compasivos, generosos, serviciales con los pobres: socorred á los necesitados: ofrecedles vuestros cuidados: y no omitais nada para dulcificar su mísera existencia.

LOS DESEOS DE JUANON.

CUENTO.

Dijo un dia Juanon á su amo, despues de haberle servido durante siete años: Señor, se ha cumplido el tiempo de mi contrata, y ahora quisiera volver á casa de mi madre. Págueme usted mis salarios. El amo le respondió «tú me has servido con fidelidad; á tal servicio tal salario y le dió una barra de oro tan grande como la cabeza del mismo Juanon. Este sacó un pañuelo del bolsillo, envolvió su barra de oro, la colocó á la espalda, y tomó el camino de casa de su madre. Marchando un pie tras de otro, encontró á un caballero que descansado y agil venia en un fogoso caballo... ¡Ay de mí! dijo Juanon en alta voz cuan feliz es el que va á caballo! colocado en él como en un sillón no se lastiman los pies contra las piedras, se ahorran zapatos y se camina sin sentirlo.

El caballero que habia oido todo esto, le dijo: ¿Y pues Juanon, adonde vas así á pie?

—¡Ay de mí! me precisa llevar esta carga; ella en verdad

es de oro; pero me impide levantar la cabeza y me pesa mucho en la espalda.

—Pues bien, dijo el caballero parándose, si quieres vamos á hacer un cambio; te daré mi caballo y tu me darás tu carga.

—Con mucho gusto respondió Juanon, mas le prevengo á usted que le será muy molesto llevarla.

El caballero se apeó, recibió el oro, ayudó á Juanon á montar á caballo, le puso las bridas en la mano y le dijo.

—Cuando quieras que el caballo corra, palmotea y voeéale ¡Arrel ¡arrel!

Juanon viéndose á caballo reventaba de alegría, y marchaba como un gran señor. Pronto le dió gana de andar mas de priesa y empezó á palmotear y á decir. ¡Arrel ¡arrel!

El caballo tomó el trote, y dió en tierra con Juanon, que cayó en un foso á lo largo del camino, sin haber podido prever este mal paso. El caballo se habria escapado en seguida, si no lo hubiese detenido un paisano que seguia el mismo camino llevando por delante de sí una vaca.

Juanon se esforzó en reanimar sus miembros y ponerse de pies, pero estaba muy triste y dijo al paisano:

—A la verdad que es una tontería el montar á caballo, sobre todo cuando se lleva entre las piernas semejante matalon, que cae, y tira á uno á riesgo de desnucarle; no volveré á montar en mi vida. Vuestra vaca es diferente, yo prefiero una vaca buena que anda despacio, que se la puede seguir sin cansarse, y que dá todos los dias leche, manteca y queso. ¿Qué no daría yo por una vaca como la vuestra?

—Pues bien, dijo el paisano, si os conviene, yo os trocaré mi vaca por vuestro caballo.

Juanon consintió haciendo demostraciones de alegría.

El paisano montó en seguida á caballo, y marchó al galope. Juanon llevaba delante su vaca tranquilamente, y reflexionaba en su buen trueque.

—Una vez que tenga un pedazo de pan (que creo no me faltará nunca) podré tambien tan á menudo como quiera, comer manteca y queso; y si tengo sed ordeño mi vaca, y bebo leche; corazon mio, ¿Qué mas quieres?

Llegando á una posada hizo alto con alegría, comió todo el pan que llevaba, y con los cuartos últimos que le quedaban, se bebió medio vaso de vino; partió en seguida con su vaca, dirigiéndose á casa de su madre; cuanto mas entraba el dia, mayor era el calor, y Juanon entraba en un matorral que tenia una legua de largo; la sed le pegaba la lengua al paladar; contra esto hay un remedio, dijo Juanon voy á ordeñar mi vaca, á refocilarme con su leche. La ató á un árbol, puso su gorra de cuero debajo, y por mas esfuerzos que hizo, no pudo sacarla una go-

ta de leche; y como no sabia ordeñar, el animal molestado, le dió una coz en la cabeza que le tumbó sin sentido. No volvió en sí en largo tiempo; felizmente para él pasó pronto un carnicero, que acarreaba un marrano en un carreton.

—¿Qué es esto? dijo el carnicero, y ayudó al mismo tiempo á levantarse á Juanon. Este le contó lo que le habia pasado. El carnicero, le ofreció la bota diciéndole. Tomad, bebed un trago para refrescaros, vuestra vaca no os dará leche, porque es vieja, no sirve mas que para tirar de una carreta, ó para matarla.

—¡Ola, Ola! dijo Juanon, pasándose la mano por el pelo ¿Quién hubiera creído esto? A la verdad, si uno pudiera matar en su casa esta bestia, tendria gran cantidad de carnes, pero á mí no me gusta la carne de vaca porque no tiene jugo; ya teniendo un cerdo como este, es diferente. ¡Qué dicha; ¡cuantas salchichas!

—Escuchad, Juanon, dijo entonces el carnicero. Por ser con vos, estoy pronto á hacer un cambio de mi cerdo con vuestra vaca.

—Dios os acompañe, dijo Juanon. Le dió la vaca, y le mandó bajar el cerdo del carreton.

Juanon continuó la marcha pensando en su dicha, que colmaba todos sus deseos. Si encontraba alguna dificultad al momento la zanjaba. Pronto encontró un jóven que llevaba un ganso blanco debajo del brazo. Se saludaron, y Juanon se puso á pintarle su alegría, y á hablarle, de los ventajosos cambios que siempre habia hecho. El jóven le dijo que el ganso estaba destinado á una comida de bautizo.

—Mirad, le dijo agarrándole por las alas, ved cuanto pesa y ademas se le ha engordado durante dos meses; el que coma este asado se chupará los labios.

—Si, dijo Juanon, levantando el ganso, tiene peso, pero mi cerdo no es tampoco rana.

El jóven con un aire inquieto volvió la cabeza á los costados y la meneó en seguida un poco; Mirad, le dijo, en cuanto á vuestro cerdo, el negocio no es tan claro. En el pueblo que acabais de atravesar han robado uno en el establo del alcalde, y temo que no sea ese que teneis á la mano; os puede suceder salir mal si os encuentran: el menor riesgo para vos, es, el de ir á un encierro.

El buen Juanon, temblaba ya.

—¡Dios mio! exclamó, sacadme de este apuro. Vos sabeis mas que yo, tomad al momento mi cerdo, y dadme el ganso.

—Hay peligro en ello, respondió el jóven, pero á pesar de eso yo no quiero que caigais en la desgracia.

Juanon le dió entonces la cuerda á que estaba atado el cerdo; el jóven lo coje y se mete por un camino de travesía.

El buen Juanon, libre de sus inquietudes con el ganso debajo del brazo, tomó de nuevo el camino de la casa materna. Reflexionando bien en ello, se decía 'así propio, yo he encontrado gran ventaja en este cambio; primero este hermoso ganso asado, luego la cantidad de grasa que saldrá de él, comeré pan con la manteca de ganso, por espacio de tres meses, y en fin con sus hermosas plumas blancas, me haré una almoadá, y me dormiré encima sin necesidad de ser mecido. ¡Qué alegre se pondrá mi madre!

Cuando hubo atravesado el último pueblo, vió un amolador que cantaba, y trabajaba. Juanon se paró á verle trabajar. Entabló en fin conversacion, y le dijo.»

—Parece que os sale bien la cuenta, segun lo alegre que estais!

—Si, respondió el amolador, mi oficio produce frutos de oro, un diestro amolador es hombre que encuentra dinero en el bolsillo, siempre que mete la mano; pero en dónde habeis comprado ese hermoso ganso?

—No lo he comprado, sino que he dado á cambio un cerdo.»

—¿Y el cerdo?

—Me lo dieron por una vaca.

—¿Y la vaca?

—Me lo dieron por un caballo.

—¿Y el caballo?

—Me lo dieron por un pedazo de oro, tan grande como mi cabeza.

—¿Y el pedazo de oro?

—Lo habia ganado por haber servido á un amo siete años.

—Habeis ganado siempre en los trueques dijo el amolador pero si podeis hacer que vuestro dinero suene en el bolsillo, sereis feliz.

—Y que es menester que haga yo para eso? preguntó Juanon.

—Es menester que os hagais amolador como yo, para esto no necesitais mas que una piedra de amolar, lo demas se encontrará, ved aqui una precisamente, está algo deteriorada en verdad; pero no os pido por ella mas que el ganso. ¿Quereis?

—¿Podeis preguntármelo? dijo Juanon. ¿No debo hacerme por este medio el hombre mas rico del mundo? y teniendo dinero en el bolsillo siempre que meta la mano, ¿á qué quiero atormentarme?

Al decir esto le presentó el ganso.

—Pues bien, dijo el amolador cojiendo un guijarro que vió en el suelo á su lado, ved aun una buena piedra que os doy ademas del trato: os servirá para enderezar clavos viejos, tomadla y conservadla con cuidado. Juanon tomó la piedra y se marchó con el corazon lleno de alegría y los ojos radiantes de placer, y se decía á sí mismo. Mi fortuna me asombra: ¡es dema-

siado! y habiendo pasado todo el dia en pie empezó á cansarse. El hambre, tambien le atormentaba, y se habia comido hacía tiempo sus provisiones con la alegría de haber comprado la vaca tan barata. Apenas podía continuar el camino, y se veia obligado á descansar á cada momento, y las piedras le pesaban estremadamente. Pensó que seria feliz si no tubiese necesidad de llevarlas, en este momento llegó, y se arrimó á una fuente; allí quiso descansar y refrescarse, pero por no estropear las piedras al sentarse las colocó con precaucion en el borde de la fuente; despues de lo cual, vuelve la cabeza, se baja á beber, resvala, toca un poco las piedras y las dos caen en el agua.

Juanon viéndolas caer, saltó de alegría, y dió gracias á Dios con lágrimas en los ojos, por haberle concedido este último favor, de haberle librado tambien de las dos piedras, que era la única cosa que faltaba á su felicidad. Hay pocos hombres en el mundo tan felices como yo, decia, y con el corazon dessembarazado de todo pesar, corrió saltando hasta llegar á casa de su madre.

Ya veis niños que es un gran defecto, desear todo lo que se vé. Hay personas astutas que se aprovechan de él, y acaban casi siempre por haceros cambiar una buena suerte, por una mala.

JUEGOS DE LOS NIÑOS.



LA GRAN CUERDA.

GABRIEL, no quiero que tu voltees la cuerda, dijo la Lucía á su hermano, que se preparaba para dar impulsión á la gran cuerda, delante de lo cual la jovencita iba á hacer con cierta gravedad sus demostraciones como un sargento que instruye

sus reclutas, y el diálogo continuó entre el hermano y la hermana.

GABRIEL.—Y por qué razón, señorita Lucía, no he de manejar yo la cuerda, como cualquiera otro?

LUCÍA.—Porque no sabes, ó sea que por malicia das *jarreteras*.

—Jarreteras!.... dijeron admiradas todas las niñas. ¿Qué son jarreteras?

Lucía, tomando un tono magistral, dijo gravemente:

—Señoritas, llámanse *jarreteras* en la gran cuerda, los golpes sacudidos que vienen á pegarnos en los jarretes, cuando la cuerda no está conducida por un volteador diestro, y las *jarreteras* os hacen caer.

GABRIEL.—Quiere decir que eso derriba á las que son torpes; en el colegio dábamos siempre jarreteras.

LUCÍA.—Puede ser que eso esté bien en el colegio, mas un jóven que dá *jarreteras* á señoritas es un mal sugeto.

Gabriel guardó silencio, y se marchó á donde estaba su hermana mayor Augusta ocupada en leer, y la Lucía, colocando dos niñas una á cada extremo de la cuerda y á la distancia de diez pasos, las dió instrucciones. Primero las hizo observar que era necesario volver solamente con el antebrazo, á fin de evitar los movimientos irregulares y fatigantes. Cuando es menester voltear pronto, el movimiento del antebrazo se acelera; y si la saltadora quiere ir con lentitud, se alfoja. Las dos niñas que tienen la cuerda han de cuidar de uniformar sus movimientos.

No se escapó al profesor hacer al instante esta observacion general.

—Señoritas, dijo la jóven Lucía, la primera cualidad de una saltante con la cuerda es la ligereza; mas la ligereza ha de tener gracia, y ser agradable en todos sus movimientos. No hace mucho tiempo que el ejercicio de la cuerda forma parte de las recreaciones permitidas á nuestro sexo; pero mas adelante será tal vez, como la gimnástica, una parte de la educacion, y entonces tendremos maestros de cuerda, como tenemos maestros de baile y de dibujo.

Queda pues sentado, que ante todo se requiere gracia.

Continuemos: voy á esplicaros las diversas variaciones del juego de la gran cuerda. Empecemos por ensayar lo que se llama el *balanceo*.

El balanceo es el movimiento de vá y viene, de derecha á izquierda, que se da á la cuerda sin hacerla completar la vuelta sobre sí misma; debe pasar por bajo de los pies, y no sobre la cabeza de la saltadora... ¡eso es!... perfectamente! Para jugar bien el balanceo, es preciso saltar con los pies juntos y las puntas hácia abajo mirando al suelo.

Ahora, la *gran rueda*: es menester que la cuerda pase por debajo de los pies y por encima de la cabeza de la que salta... Cuando yo diga *vinagre*, será necesario apresurar el movimiento de los brazos.

Vamos á ver, vinagre! Hortensia, es menester que ese brazo forme tanta vuelta como el de Luisa, de otro modo no hay uniformidad... Esperemos otra vez....vinagrel...

Cuando yo diga *aceite*, irás despacio.... Para un paso de vals recoger una cinta, ó ejecutar otra suerte, es necesario dar *aceite*.

Actualmente atencion para el *paseo*. A la voz de mando, ¡anda: las dos volteantes y la saltadora empiezan á andar al mismo tiempo, las primeras sin dejar de voltear la cuerda arreglando su marcha á la de la saltadora.

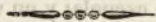
Vamos á pasar á otro movimiento; se trata de volverse.

Si queremos dar vuelta á la izquierda, la volteante de la izquierda hará el eje y la de la derecha marchará sola haciendo el manejo hasta que haya llegado á la direccion que se quiere tomar: entonces el eje de la izquierda volverá á empezar sumarcha, y en esta conversion, la saltadora no dejará descansar sus pies, las volteantes continuarán el ejercicio de sus brazos.

—Bravo! Lucia, prorrumpió el papá de la niña que habia oido la explicacion, tenemos capitanes de nacionales que no son tan profundos en teoría como tu de su....

—Ni acerca de la cuerda, papá mio.

—Es verdad!



LA NIETECITA LAZARILLO.

En las afueras de Madrid, no muy distante del magnífico puente de Toledo, se veia sentada al pie de un árbol una vieja ciega, y á su lado una nietecita que nunca se separaba de ella mas de dos ó tres pasos para acercarse á recoger el ochavo ó el cuarto que ofrecia la caridad del pasajero. Yo habia visto mas de una vez á estas dos pobres criaturas sin poner mucha atencion, cuando cierto dia paseándome por aquel sitio con una señora y sus dos hijos, notamos que la vieja ciega tenia á la nietecita entre sus brazos, y parecia enseñarle una leccion que la niña repetia con docilidad. Esta leccion era interrumpida de cuando en cuando por un beso de la vieja, ó por una caricia de la chica. Interesónos este cuadro y nos acercamos. «Buena muger, preguntó la señora con quien yo iba, ¿es vuestra acaso esa niña?—Es mi nieta res-

pondió la pobre ciega; es la hermana de otros cinco niños, el mas pequeño de los cuales tiene solo seis meses.—¿Y que hacen su padre y su madre?—Su padre es soldado; encontrándose sin trabajo y viendo á su familia en la última indigencia, se ha hecho sustituto de un jóven llamado al servicio, á fin de procurar á los suyos algunos recursos con el precio del reemplazo. La madre dá de mamar á su último hijo, y trabaja con la aguja; mas es tan poco lo que gana para una familia tan numerosa. Yo, la vieja abuela, que he perdido la vista hace treinta años, y que ya para nada sirvo, pido limosna á fin de no ser demasiado gravosa. Ved ahí á mi Luisita que me hace compañía, y me guía hace quince meses, aunque todavia no ha cumplido cinco años.

—Me parece bien dijo la señora, ¿mas cómo podeis ir segura con un guía tan poco experimentado?

—Mi querida Señora, ella cuida de mí muy bien, sin separarse un momento, y jamas yendo con ella me ha sucedido nada malo. No me he visto en el caso de tener que reprenderla en lo mas mínimo. Cuando la llamo algunas veces porque creo que se ha apartado de mí, la siento sin detención á mi lado que me responde abrazándome.—¡Pobrecita! ¿Mas sabeis en efecto que tiene una cara preciosa que anuncia mucha inteligencia?—Así se me ha dicho, querida señora mía, pero; ay! nunca he visto ni á ella ni á su madre.... Al pronunciar estas dos últimas palabras dos lágrimas corrieron de los ojos cerrados de la vieja.—¿No la haciais repetir una leccion hace poco, instó la señora?—Sí, la enseño á rezar, es todo lo que puedo enseñarla. Pero el año que viene procuraré pasarme sin ella á fin de que pueda ir á la escuela; y en verdad que será esto para mí un gran sacrificio.

Durante esta conversacion, los dos niños de mi compañera habian permanecido mudos, los ojos fijos en la nietecita que nos miraba con buen semblante, risueña y satisfecha. La hija de la señora toda conmovida se acercó á su madre y la dijo al oído muy bajito: mamá, mira el vestido roto y los pies descalzos de esa pobreniña! Si lo permitieseis con uno de mis trajes de algodón, podria hacerla su madre uno muy bueno.—Lo apruebo, y mañana se lo traeremos con un par de zapatos.» La amable niña saltó de contenta y se dió prisa á anunciar esta buena noticia á la nieta de la ciega. Mientras tanto, su hermano habia sacado de su bolsillo algunos cuartos destinados para comprar tortas y leche, y se oyeron caer en el basillo de oja-delata de la vieja. Estos beneficios inesperados hicieron que la cara de la nietecita despidiese rayos de alegría, y que se pusiese esta á recitar sus oraciones con las manos levantadas al cielo como un angelito.

Nos retiramos, y tomando yo de la mano los dos hijos de

mi compañera les dije:—¿Qué pensáis, mis amigos, de lo que acabais de ver? ¡qué existencia, la de esta pobre nietecita casi desnuda, mantenida con pan seco, privada de todas las dulzuras de la vida, vé frecuentemente en las manos de los niños que pasan por delante de ella, ó golosinas, ó juguetes que podian escitar sus deseos, los ve que juegan juntos, corren libremente, en tanto que ella no puede separarse de su abuela ciega! Pues sin embargo, tan niña todavia, se somete á todas esas privaciones, llena todos esos deberes con constancia, con resignacion, con contento, sin que nunca haya que hacerla reconvenccion alguna; y lejos de quejarse, de llorar, de impacientarse, al menor beneficio que se le promete, su primer pensamiento es dar gracias á Dios. ¡Oh! mis buenos amigos, no olvideis nunca á esta nietecita, y pensad en ella siempre que os veais tentados á formar deseos indiscretos, ó á faltar á alguno de vuestros deberes, cuando estais colmados de todos aquellos bienes de que carece esa pobre niña!

LOS DOS LOBOS.

FÁBULA.

Un lobo ya viejo
No de grandes fuerzas
Un día á sus hijos
Habló de esta manera.
Hijo del alma mia
Yo sé por esperiencia
Que el cebarse en la sangre
De las mansas ovejas
Ademas de esponernos
A graves contingencias
Nos hace tan crueles
Que todos nos detestan.
Si próspera natura
Nos dá con manos llenas
Raíces saludables
Y frutas por do quiera.
¿Por qué nuestra comida
No ha de ser antes esta

Que la carne viviente,
Carne igual á la nuestra

Que tan grandes fatigas

El adquirir nos cuesta ?

Desde hoy en adelante

Ley á nosotros sea,

Mantenernos tan solo

Con frutas y con hierba,

Sin que en redil alguno

Nuestra garra sangrienta

En los pobres corderos

Haga sangrienta presa.

Tal discurso el lobato

Oyó con reverencia,

Y prometió á su padre

Guardar la ley propuesta

Y en efecto guardola

Que por valles y sierras

Buscaba diligente

Las raíces mas tiernas ;

Mas esto duró poco

Pues con grande sorpresa,

Bien contra su esperanza

Vió á su padre una siesta

Detrás de unos zarzales

Comiéndose una oveja.

Llegóse á él callandito

Y asiendo de una pierna

Le dijo : no es extraño

Que yo á tanto me atreva,

Si usted que predicaba

Que esto mal hecho era,

Se atraca de vianda

Mientras yo como hierba.

Y segun me lo indican

Las blancas calaveras,

Por mas que usted lo niegue

No es esta la primera.

Quien no hace lo que dice

Nunca hallará quien le crea.

Quien practica la virtud

Es quien con verdad la enseña.